

Foro de Curas de Madrid: "La renuncia del Papa es una buena noticia para la Iglesia y para el mundo"

"La Iglesia necesita hacer unos cambios sustanciales"

Nos alegra la dimisión del papa por varias razones. Nos alegramos por él mismo. Porque una **persona anciana y débil** no tiene por qué seguir llevando sobre sus hombros la gestión de una institución con cerca de dos mil millones de fieles.

Este gesto, extraordinario en la Iglesia católica, **resulta normal en cualquier otra agrupación humana**. No obstante, es innegable que esta renuncia a la Silla de Pedro, hecha libremente desde quien, como el pontífice de Roma, detenta un poder absoluto en el mundo no puede carecer de significación y ejemplaridad. **Ojalá tomaran nota** otros mandatarios que, por edad, mala gestión o corrupción, se empeñan en seguir apegados a un poder que la sociedad mayoritariamente les está cuestionando.

Pero nos alegra también esta decisión de Benedicto XVI porque pensamos que **es una buena noticia para la Iglesia misma y para el ancho mundo en que vivimos**. En la nueva era en la que estamos entrando, un gesto como este no debería resultar indiferente. Y debería ser aprovechado por la Iglesia como una ocasión propicia para **mirar serenamente la trayectoria que ha venido siguiendo en los últimos años** que, a diferencia de lo ocurrido en otras épocas, ha consistido en caminar en asuntos muy esenciales en dirección contraria al proceso humanizador de la historia y **tener valor para rectificar**.

Como animadores de la fe en nuestras comunidades, somos conscientes de que la institución eclesial está atravesando una enorme crisis de credibilidad. **Crisis que está debilitando muy seriamente la misma plausibilidad de la fe cristiana**. Esto nos lleva a pensar que **necesitamos volver a las fuentes del Evangelio** y a la buena tradición para recuperar aquella imagen de comunión en la diversidad que disfrutó durante el primer milenio y que se propuso recuperar el Vaticano II en la Lumen Gentium. Creemos firmemente que **ha llegado la hora de superar la equivocada "eclesiología de la desigualdad"** establecida a partir de la Reforma Gregoriana y cuya sombra en cuestiones dogmáticas, éticas y organizativas se ha venido alargando hasta nuestros días. Apoyada en la Palabra y en el protagonismo del pueblo cristiano, es urgente volver a la dimensión sinodal para hacer patentes la pluralidad de las iglesias locales y la colegialidad de sus mismos representantes.

Esto nos pondría en camino para descubrir e intentar dar respuesta a los muchos desafíos internos que están desvirtuando el mensaje de Jesús en el interior de la misma Iglesia. **Es posible y necesario volver a la "koinonía" o Iglesia de comunión en la diversidad**. Y esta es una ocasión propicia si el nuevo papa renuncia, entre otras cosas, a ser jefe de la Iglesia y del Estado y asume su verdadera función de ser "siervo de los siervos de Dios" y "primum inter pares", entre los obispos.

Por otra parte, para ser fiel a su verdadera identidad y recuperar una presencia significativa en el mundo de hoy, pensamos que **la Iglesia necesita hacer algunos cambios sustanciales**. Señalamos solo dos ámbitos en los que estos nos parecen más urgentes y necesarios.

Sería deseable, en primer lugar, aprovechar esta ocasión para decidirse a **liberar el discurso excesivamente repetitivo y esterilizante**. El férreo control al que se le ha venido sometiendo en los últimos tiempos, en servicio de la verdad dogmática, ha ido apagando poco a poco la creatividad y la imaginación. **La imposición, contra viento y marea, del discurso único** ha despreciado demasiado talento e impedido recibir en calidad de igualdad en la Iglesia a sectores determinantes en la sociedad civil como la mujer y los diferentes. Pocas instituciones disponen de una capacidad de discurso tan rico y pocas saben despreciarlo tanto como lo ha venido haciendo la Iglesia en los años del posconcilio.

Y, en segundo lugar, **la Iglesia debería recuperar el corazón**. Ni los códigos de leyes, ni los mejores catecismos tienen sentido si no se recupera el corazón. Y tenemos la impresión de que, por el excesivo dirigismo y afán de controlarlo todo, la Iglesia ha perdido la ternura y la compasión, la frescura y la cordialidad. Lo recordaba abiertamente el Concilio Vaticano II - cuyo aniversario conmemoramos en estos días- cuando, al inicio de la constitución *Gaudium et Spes*, afirmaba: "Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez, gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo" (GS1).

Este gesto del papa, del que nos felicitamos, debería ser **aprovechado por la Iglesia para hacerse más humana entre las personas** y más preocupada por la tierra que es fuente de todas las vidas. El servicio a este mundo, torturado y convulso, siguiendo el ejemplo liberador de Jesús de Nazaret, debería ser capaz de invitar honestamente a recuperar la esperanza, a reducir las desigualdades, a vencer las injusticias y a encargarse de las y los más necesitados. Porque, según el mismo Jesús, «el que quiera ser el primero, debe hacerse el último de todos y el servidor de todos» (Mc 9.35).